

## Óscar al mejor guión

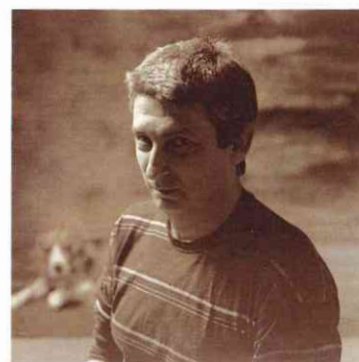
A sus cincuenta años, Óscar Tusquets tiene la retina de un anciano y los reflejos de un adolescente; en el contraste entre la mirada vieja y el músculo joven residen tanto su debilidad como su genio. Su cultura visual es chispeante y panorámica: el producto de una pupila antigua, omnívora y voraz. Por otra parte, su atroz vitalidad, que le hace agresivo y tierno como un cachorro, traza una sensibilidad zigzagueante y fugaz. Esa personalidad múltiple y variable le ha llevado a frecuentar muy diversos campos creativos, en todos los cuales ha encontrado alimento su veloz curiosidad; pero esa misma dispersión sobreabundante y generosa ha hecho de su obra de arquitecto un proyecto incompleto: un guión todavía por rodar.

El Tusquets de los ochenta ha perdido la espontaneidad descarada del Belvedere Georgina o el lirismo esencial de la casa en Pantelleria; dos pequeñas grandes obras, fruto de una colaboración de veinte años con Lluís Clotet, que pondrían muy alto el listón para ambos arquitectos en sus trayectorias separadas. Esa inmediatez de fogonazo se advierte hoy en su trabajo como diseñador: la soldadura escultórica de la tetera Oronda, el confort musical de la serie Varius o el reflejo en el mantel de la vajilla Victoria son hallazgos violentos, que apenas tienen equivalente en su arquitectura, siempre *recherché*, minuciosa y excesiva.

Su aglomeración imaginativa se expresa en el conjunto de los proyectos, y en cada uno de ellos. Del clasicismo ha explorado todas las variantes: mediterráneo en Tula y atlántico en Somosaguas; fundamental en las bodegas de Sant Cugat y *chic* en el restaurante de La Villette; posmoderno en Japón y manierista en el Palau; monumental en Montpellier, neorrealista en la Villa Olímpica y ambas cosas en Reus. Los que sólo vean en su obra los vínculos con Bofill harían bien en recordar la influencia de Venturi, que salpica de ironía todos sus *feísmos* compositivos, y los que lo relacionen con la tradición artesanal y la *obra total* del fin de siglo deben mencionar también su dimensión surreal, que hace de cada forma nueva un esperado desconcierto.

Este catalán tan multitudinario es también vienés y parisiense, milanés y veneciano; admira a los carroceros de Ferrari y la metalistería de Alessi, pero extrae su repertorio figurativo de la veta brava del abanico y la peineta, y ostenta una divisa de ganadería; es modernista y daliniano, brutal y refinado, constructor y joyero, seductor e iracundo, insolente como una diva y aplicado como un escolar. Aunque venera el lujo, trabaja como un forzado; dice preferir sus clientes privados, pero algunas de sus mejores arquitecturas tienen clientes públicos; quiere ser popular y comercial, y sin embargo no hay reconocimiento que busque con más denuedo que el de sus pares.

La admiración de sus colegas pasa, me imagino, por una consistencia formal que hasta la fecha evita o se le niega; y el mercado de marcas de este siglo tardío demanda de similar manera signos reconocibles. Si Tusquets tendrá la voluntad y el ánimo de domesticar su inventiva, sin quebrar ese ímpetu alegre que tienen los objetos, es por ahora una cuestión abierta; pero su ambición torrencial podría escribir para la arquitectura su mejor guión. Este «retrato del artista como una fiera joven» no puede sino desearle que así ocurra.



*At fifty, Oscar Tusquets has the retina of an old man and the reflexes of an adolescent; in the contrast between elderly sight and young muscle lie both his weakness and his genius. His visual culture is sparkling and panoramic: the product of a pupil that is aged, omnivorous and voracious. On the other hand, his atrocious vitality, which makes him aggressive and tender like a pup, yields a zig-zagging, fugacious sensibility. Such multiple, variable personality has led him to frequent very diverse creative fields, all of which have fed his swift curiosity; but this same overflowing, generous dispersion has rendered his work as an architect an uncompleted project: a script still to be filmed.*

*The Tusquets of the eighties has lost that cheeky spontaneity of the Belvedere Georgina or the essential lyricism of the house at Pantelleria; two small great works, fruits of a twenty-year partnership with Lluís Clotet which would set expectations very high for both architects in their separate careers. Such instantaneous persuasion shows nowadays in his work as a designer: the sculptoric soldering of the Oronda teapot, the musical comfort of the Varius series and the reflection of the Victoria chinaware on the tablecloth are violent feats that hardly have counterparts in his architecture, always *recherché*, meticulous and excessive.*

*His imaginative agglomeration is expressed in his projects as a whole, and in each one of them. He has explored all variants of classicism: Mediterranean in Tula and Atlantic in Somosaguas; fundamental at the wine cellars of Sant Cugat and 'chic' at the restaurant of La Villette; postmodern in Japan and mannerist at the Palau; monumental in Montpellier, neo-realist at the Olympic Village and both things at Reus. It would do good to those who only see ties to Bofill in his work to remember the influence of Venturi, who sprinkles all his 'uglinesses' with irony, and those who relate Tusquets to the craft tradition and integration of the arts of the end of the century must also mention his surreal dimension, which makes an expected confusion of every new form.*

*This so very multitudinous Catalan is also Viennese and Parisian, Milanese and Venetian; he admires Ferrari coachbuilders and Alessi metalwork but takes his figurative repertory from the rugged vein of the fan and peineta and flaunts the emblem of a strain of fighting bulls; he is modernist and Dalinian, brutal and refined, a constructor and jeweller, seductive and irascible, insolent like a diva and diligent like a good schoolboy. Though he venerates luxury, he works like a galley slave; he professes a preference for private clients, but some of his best architectures are for public ones; he wants to be popular and commercial, yet seeks no recognition with as much resolution as that of his peers.*

*I suppose the admiration of his colleagues depends on some consistence in form that so far he avoids or is denied him; and the market of brands characteristic of this fin-du-siècle similarly calls for recognizable signs. Whether or not Tusquets will have the willpower and drive to tame his inventiveness without losing the cheerful spontaneity of his objects remains to be seen; but his torrencial ambition could very well yield his best script for architecture. In this 'portrait of the artist as a young beast' I can only hope that things turn out that way.*

Luis Fernández-Galiano